

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

AL PATRIOTISMO

Firme la faz; el manto purpurino,
roto en pedazos y plegado al hombro;
de un templo que arde aún sobre el escombros
y del humo entre el denso torbellino;
mirando sin pavor su fin vecino,
del mundo pasmo, de la historia asombro,
(ardo en el patrio amor cuando le nombro!)
está Megara, el héroe numantino,
¡Romano!—grita—¡ven y te recrea,
ceniza en vez de siervos hemos sido
y ejemplo al mundo nuestro rasgo sea,
que cual te vence á tí venza al olvido!...
¡Tira al romano sitiador la tea,
y se arroja en el cráter encendido!...

ALMENDROS AGUILAR.

¿DÓNDE ESTÁ LA POLÍTICA?

—¿Con acertijos te vienes, Sancho?
—No hay tal ¡ah señor y amo mío! Y no piense vuesa merced que me dirijo á D. Antonio, pues entonces hubiera dicho amo nuestro; con vuesa merced hablo para decirle que estoy... triste, muy triste.
—Pues ¿qué mal te afije, Sancho?
—Uno es, y muy grande.
—¿Y quieres remediarlo divirtiéndote en proponer adivinanzas? Cuéntame tus penas y déjate de niñerías.
—Ah, mi amado señor. Porque quiero resolver el acertijo y no lo consigo, es por lo que estoy que puede ahogarse con un cabello. La política, según yo pienso, debe de ser estudiada con datos seguros y no con retóricas... pero hoy tantas y tan necias son las metáforas; tan vanos y variables los discursos de los periodistas *Pitonisas* y de los oradores ambulantes... tan disparatada la soberbia de D. Antonio y tan vergonzosa la indiferencia del pueblo... ¡que no hago sino morderme las yemas de los dedos, poner desesperadamente los ojos en el cielo y bailar de rabia y de impaciencia el zapateado por ver si acierto á saber dónde está la política, la verdadera política!
—Eso Moret... ó Silvela.
—Vaya un par de tiples... del género chico... por ahí andan, el uno con su escudero Rancés, gordo y rollizo, y el otro con su escudero Aguilera, el gigante de la Moncloa... Silvela haciendo dengues de moralidad... él, un político media-virtud. ¿Moret? Buen inventor de charadas... y de *logogrifos*. Pronuncia un discurso... y luego se desmiente á sí propio... torna lo negro blanco... propone un problema de adivinanzas, una fuga de vocales. Esto es lo que me tiene triste... Ver lo mucho que se habla de esos parlanchines... como si lo que hacen ó dicen los tales buscones tuviera fundamento político... y la indiferencia con que se reciben las declaraciones de algunos hombres sesudos y juiciosos que hablan lenguaje claro, discurren con sentido práctico y se dirigen á propósito serio.
—Muy grave te veo.
—Pocas son las ganas que tengo de reír.
—¿No decías hace poco que la política era cosa de burlas, y tomabas á juego aun los más serios asuntos?

—Decía yo eso... pues ahora siento y digo lo contrario. Vea vuesa merced si tengo ó no motivos para estar malhumorado. Cuando se estudia el derecho para comprender las leyes, la estadística para poder apreciar con precisión los hechos político-sociales... la ciencia económica á fin de comprender el estado de riqueza de la nación... no se divaga. Cuando se censura á un gobierno se precisan bien los cargos... Cuando se habla de mejoras, no se cuentan leyendas de hadas, sino que se concretan las promesas... ¿Pero de qué vivimos aquí sino de metáforas, de charlatanismo y de pedanterías? Danzando por ahí los abogados Taravillas... no dicen más que simplezas, y en la mayor parte de los periódicos aparecen artículos simbólico-gorgorísticos como el de «Lo sólido, líquido y gaseoso» que publicó *El Imparcial* hace pocos días... sin duda para no perder las simpatías de los carcas. ¿Es serio esto, señor? ¿No indigna? ¿No apena? ¿No avergüenza? Valerse de tropos y fantasmagorías para gastar el tiempo en balde... ¡Aquí no hay política, señor y amo mío! No se habla de higiene ó de Administración militar; nada se pide severa y correctamente para nuestro ejército, y sin embargo, como ha dicho Hamilton. La lentitud en las operaciones militares y hasta la poca fortuna en las guerras modernas, provienen hoy de la desacertada administración y del olvido de la higiene.

Respecto de la política que hemos de seguir en nuestras colonias, de el plan que para poblarlas y explotarlas conviene emplear... ¿Quién dice otra cosa que vaguedades y generalidades?... Y, por último, no es risible... y triste á la vez... ver que se habla en serio... de los carcas.

—¡Pues bien, no está donde dice el Sibilo de *El Imparcial*... La política se verá... en la pobreza que pronto hemos de sufrir... en la irritación que al pueblo producirá esa turba de parlanchines y de escribidores ignorantes que rabian por su amo; la política se verá, si el pueblo, que no necesita ni soldadote mandón, ni rey de teatro como D. Carlos, se alza á pedir cuenta de su sangre vertida y del dinero gastado... y estas exigencias, si las revela, lo hará por su propia soberanía!...

¿Dónde estarán los Cerralbos, Mier, Datos, Gasset... jesuitas y abogadillos, condes y sportman? ¿Dónde los retóricos? ¿Dónde los que desearían otra guerrita civil carlista cuando terminen las guerras coloniales?

—Sancho, no te conozco; estás hablando con mucho énfasis... Y á todo esto no has dicho concretamente, tú que tanto pides concreciones... dónde está la política.

—Véalo vuesa merced en esta carta que acabo de recibir de Lisboa; me la escribe un gran amigo del Gobierno portugués:

Ilmo. senhor Sancho Panza.

Me muito caro amigo: O Governo é en estamos con grande medo. Nao pensa o Governo português en ontra coisa sinão en facer *prisoas*... Utamos doidos... temos te lla esa testa...

Trátase de unca conspiracao republicana... Vosa Escelencia que é home de Governo tome más *precaacoes*... do contrario acredite... As pesoas desentes, abogados buscones, jornalistas aventureros, marquesas é pensionistas velhas... soldadotes pretorianos, clérigos é frades... somos perdidos.

Muito olho.. noa' sea que os republicanos espanhoes... fraternicen con os portugueses... Poisentao... á Deus realza.—Seu criado, *Carapuça*.

—Aquí sí que está la política, mi señor y amo, en estudiar aquel hermoso intento de nuestros padres.

—¿Cuál?

—El de hacer de la Iberia... un pueblo libre... la Suiza meridional, la federación republicana en España y Portugal.

LO DE SIEMPRE

La miseria en Madrid.

Un mendigo llamado Florentino García, fué recogido ayer en uno de los arcos del puente de Toledo, de donde pedían auxilio la mujer y un hijo de aquel infeliz.

Acudieron los vigilantes de consumos, quienes encontraron en tan mal estado al pordiosero, que había perdido el uso de la palabra.

La pareja de servicio de la Guardia civil lo condujo á la Casa de Socorro del distrito de la Latina, donde fué curado de una afección pulmonar, pasando después en grave estado al Hospital provincial.

Parece que los infelices habían pasado la noche anterior en el arco del puente de Toledo, donde se les encontró.

(De un periódico).

Ya queda dicho. Esta noticia es de ayer; pero lo mismo podría ser de la víspera ó de la antevíspera, ó de hace un mes ó cinco. Es la vieja infamia eternamente renovada. La fiera tiene su cubil, lo permite la Naturaleza; pero hay en estas sociedades que se llaman á sí propias civilizadas, hombres que carecen de un boquete bajo techado en que cobijarse, y que faltos de todo, ¡Dios mío, de todo!—se acuestan donde los perros vagabundos repugnarían hacerlo,—y viven de lo que sería un detritus hasta para los gusanos que surgen y se regodean en los cuerpos muertos. ¡Pobres transeúntes de la vida, consagra los reyes de la Creación por decreto de la Historia Natural que enseñan en las escuelas, y destituidos de todos cuantos derechos alcanzan á los mícos!

...«dónde fué curado (¿curado?) de una afección pulmonar, pasando después en grave estado al Hospital Provincial.»

No dice el suelto transcripto lo que ha sido de la mujer y el niño que le acompañaban.

* *

Por cierto que no hay necesidad de gran fuerza imaginativa para reconstruir la vida—el drama, mejor—del desdichado Florentino García.

Yo lo conozco como la madre que lo engendró; que el proceso de la miseria es monocromo, y todos los miserables tienen la uniformidad, y llegaré hasta decir que la impersonalidad de fisonomía, propia de los forzados.

Nació en un tugurio, y tuvo por nodriza un pecho seco, y por padres el diente de una rueda y la manivela de un motor en uno cualquiera de nuestros infernos industriales. Ó bien en medio de los campos, en plena naturaleza, hosca y cruel para los que colaboran en la obra de hacerla producir lo que de otro modo nos negaría inexorablemente; clemente para los ociosos.

Fué ó dejó de ir á la escuela, que eso no es esencial



DEFENSA SUPREMA

Casi parodia del cuadro de Américo El derecho de asilo

Ayuntamiento de Madrid

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

á mi historia; si el gran poeta de *La leyenda de los siglos* pudo decir que «toda sílaba deletreada, brilla», también se curó de añadir en otro pedazo de su obra que «leer no es deletrear, que leer es comprender»; pero lo que si puede desde luego afirmarse, es que fué al regimiento «para servir al rey», como reza la extraña locución popular; y que le sirvió; y que, después de haber pasado bajo la férula de hierro frío del furriel, cayó bajo la férula de hierro candente del capataz, siendo de este modo, batido y combatido en todas las evoluciones de su personalidad, como los cantos rodados esos con que juegan las olas de la playa.

Ganó en la fábrica, en el taller ó en el andamio de qué no morir de hambre sino un poco más, todos los días. De sol á sol, á la brega; un bregar de galeote; y luego al llegar la noche, el desplomamiento de todas sus energías sobre el petate, así, de un golpe, en el verticalismo de una extinción aparente de vida, más semejante al sopor que al sueño.

Hubo una vez como una aurora en la existencia aquella. El día en que conoció á la que desde entonces fué la compañera de su vida. Fusión de dos miserias, conjugación de dos destinos de maldecidos. Lepra y tisis. ¡Y ellos se crían sanos, los albos desposados! Un poeta los hubiera dicho augustos.

El amor no dura mucho en los hogares sin pan y sin lumbre: quiero decir, en los hogares donde no hay bastante para ignorar el hambre, bastante lumbre para olvidar el frío. Y se desvaneció todo; aquella aurora, y el ambiente de poesía que determinara, y la alegría de vivir que había encendido en el alma de aquellos grandes enamorados plebeyos. Fué como una de esas estrellas errantes, tan pronto oro como sombra eterna. Concluyó todo para siempre, para no volver jamás. *Nihil*.

Ya veis en lo que han venido á parar esas dos existencias ayuntadas para el trabajo. El hombre lo ha dado todo, la mujer no puede más. Y no teniendo nada más que dar, porque la sociedad les ha exprimido todo, fenecen, sucumben bajo un puente, porque como las bestias, esa malhadada trinidad de parias tiene el pudor sublime de esconderse para morir.

ALEJANDRO SAWA.

QUISICOSAS

—¿Y Paca?

—Pues... se ha marchado de donde estaba sirviendo.

—¿Ha dejado á doña Antonia?

Me choca, porque es lo cierto

que la Paca en esa casa

llevaba ya mucho tiempo.

La conocí de niñera...

—Entró de niñera, y luego,

adulando á la señora,

de doncella ocupó el puesto.

—Pero, ¿por qué se ha salido?

—Paca le dijo al portero

que si dejaba la casa

era porque estaba viendo...

lo que nunca había visto;

pero según cuenta el pueblo,

se ha marchado porque aspira

á ser ama de gobierno.

Quando exolamó en Zaragoza
Moret: «*Sursum corda*», un trucha,
que estaba borracho, dijo:
«*Sursum corda ó sursum curda*»

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Suelto un olé?

—Si es que me quejo.

—¿Por qué?

Quiero saber los motivos.

—Los motivos son... Pondré

unos puntos suspensivos.

—A broma todo lo tomas.

Vamos, déjate de bromas.

—No son bromas, hay asuntos

que hay que tratarlos con puntos...

—Y otro los trata con comas.

—Moret se arrepintió ya

de lo dicho...

—¿Anda, morena!

Pues si arrepentido está,

amigo, parecerá

Moret una *Magdalena*.

—A los yankees, don Trifón,

les ha pasado...

—¿Qué es ello?

—Pues que en el cuerpo el resuello

les ha metido el Japón.

—(Que eso pase no se explica!

¡Un pueblo chico!... ¡Me extraña!

—En el Japón y en España

sólo es chico el que se achica.

VICENTE RUBIO.

UN PROGRAMA SINCERO

—No lo puedo remediar; es más fuerte que yo. Este mentir sin tino, esta completa mascarada, esta contradicción eterna entre los dichos y los hechos, me indig-

na, me crispa, me exaspera. Más de una vez estoy tentado, por huir de tan odioso espectáculo, de refugiarme en el yermo.

—Cálmese usted, D. Zoilo, y considere que para males sin remedio, no hay otro elixir que la paciencia.

—¿Hay quien la tenga para oír á los carlistas provocando la religión y burlándose del Papa, á Cánovas hablando de autonomía, á los sagastinos lavándose las manos á propósito de las desgracias de la patria, á Silvela convertido en diablo predicador, al Gobierno negando hoy con la mayor frescura los hechos que tiene que confesar mañana? Si hay quien tenga tal paciencia ese no soy yo.

—El espectáculo, á la verdad, no es edificante.

—Bochornoso, impropio de un pueblo. ¡Y somos nosotros la nación caballeresca, la que tiene por código moral aquel honor entendido al modo antiguo que ordena lavar en sangre un mentis!

—Sí, con efecto; eso recuerda aquello que dice don Beltrán á su hijo en *La verdad sospechosa*.

«Si afronta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacedor?»

—Si ya no como hidalgos, como cristianos...

—Tiene usted mil razones. La verdad es que no queda con ello muy airoso el octavo mandamiento.

—Hay un *Clarín* y un Miguel de Escalada y un *Geodón* para preservar la pureza del habla castellana contra los atentados de ma'andrines y follones literarios; pero no hay quien se cuide de defender al diccionario contra ese despojo que en él practica el vicio entrando á saco en el vocabulario de la virtud. ¿No le parece á usted que ciertas palabras debieran estar, por razones de pública honestidad, vedadas á ciertos labios?

—Sin duda, D. Zoilo, sin duda. Pero ¿qué le hemos de hacer? como dice Cánovas; el diccionario es una heredad de común aprovechamiento. Además, ¿no opina usted que el vicio, disfrazándose de virtud, confiesa su propia falsedad? ¿No rinde un homenaje al bien queriendo revestir sus apariencias?

—Sí; pero profanando de paso el bien parecer, engañando á algunos bobos, introduciendo en todas las almas un desolador escepticismo. No creo exagerar si digo que el abuso de la mentira es una de las principales causas de nuestra degeneración y abatimiento. Ella tiene estragado el espíritu nacional. Nadie cree ya en nada; nadie cree ya en nadie.

Pueblo que no cree, no hace. Una sociedad sin confianza, es como un mercado sin crédito. ¡Oh, la fe, la fe! ¡Cuanto se habla aquí de ella y cuán poco se la comprende!

—¿Y qué haría usted, D. Zoilo, si fuese llamado á la cabecera del paciente?

—Le aplicaría sin vacilación el *similia similibus curantur* de los homeópatas.

—Veamos cómo.

—Mire usted, yo no soy político, pero si lo fuera, y siéndolo tuviese para formular un programa, le diría al pueblo algo como lo siguiente: «Cuando yo y mis amigos obtengamos la merced del poder, vamos á introducir aquí grandes reformas. Nada de justicia, nada de equidad, nada de virtudes, que han perdido á nuestros predecesores. Formaremos una Cámara de paniaguados para nuestro uso particular. Llenaremos de nuestros parientes las oficinas del Estado. Pondremos á nuestros adversarios en la calle. Siempre el favor tendrá á nuestros ojos preferencia sobre el mérito. Haremos en todo caso nuestra santa voluntad, á roso y belloso y á salga lo que saliere. No se oírá verdad de nuestros labios. No tendremos palabra mala ni obra buena.

Haremos de la Constitución y de las leyes mangas y capirotas. Empapelaremos á todos nuestros enemigos. Cuando nuestros amigos roben, se hará la vista gorda.»

—Ya; de modo que usted se figura que la opinión...

—No creería una palabra como suele y fundaría en el que así le hablara grandes esperanzas.

—Usted no cuenta, D. Zoilo, con que el mal tiene entre nosotros más creyentes que el bien. Para él no hay incrédulos en España. Ya se ve, ¡la experiencia!

¿Sabe usted lo que diría todo el mundo al leer su programa?

—¿Qué?

—He aquí otro buen señor que viene también á continuar la historia de España.

ALFREDO CALDERÓN.

LA INMORALIDAD EN CUBA

¡PERO ESE FABOAGA!

Dominado por el vértigo de la catástrofe ese hombre funesto, Faboaga, impaciente por concluir con los más valiosos elementos de ingreso del Tesoro cubano, ha publicado en la *Gaceta de la Habana* una circular por la cual entrega la renta de Aduanas á los contrabandistas. El comercio de buena fe, ese gremio de comerciantes de la Habana, siempre pronto á reunirse en ruidosas manifestaciones, á apelar á la prensa, al telégrafo, á todos los medios de que puede disponer para hacer públicos sus deseos, no ha tenido á bien protestar de la extraña disposición del Sr. Faboaga. La situación especial de la isla y el abnegado patriotismo de que siempre ha dado noble prueba el comercio habanero, explican esta pasividad. El patriotismo, y solo el patriotismo, pueden ser la causa del mutismo y la quietud de esos honrados comerciantes ante la circular del funesto Intendente, disponiendo que se aplase por tiempo indefinido la entrega de la parte que en las multas por defraudación en las rentas de aduanas corresponde á los denunciadores. El Sr. Faboaga, para estimular y alentar el celo de los empleados bien avenidos con su deber, y para separarlos de la seducción de los sobornadores, crea tales obstáculos para el pago de esas multas, que solo quizás los nietos de esos funcionarios puedan hacer efectivas tan justas ganancias. Desde esa maldita

circular, el empleado que quiera regresar con fondos á la Península que los resguarden de las miserias de la cesantía, se verá forzado á pactar con los contrabandistas, y hacer de la credencial que para la vigilancia, cobro y defensa de la renta aduanera le concedió el Estado, palanqueta y ganzúa que fuerce, abra ó rompa la caja que á su probidad se confiara.

Y seguimos preguntando:

¿A qué espera ese Ministro de Ultramar para deponer del cargo que desempeña al señor Faboaga?

LANZADAS

Un periodiquito de esos que se publican en secreto, se ha permitido dedicarnos un suelto, lamentándose de que hayamos representado con uniforme de la Guardia civil, en uno de nuestros últimos números, á los señores Cánovas, Azcárraga y Cos-Gayón.

Pero diga el insignificante papelito.

¿Sería ofensivo para el benemérito instituto que esos tres ministros vistieran el uniforme de la guardia civil? Conteste, si puede, el misterioso colega.

¡Porque, señor, hay derecho para ser majadero, pero no tanto!

El Sr. Becerro de Bengoa, exdiputado republicano, ha ingresado, si hemos de creer á *La Epoca*, en el partido liberal.

Y la verdad, á nosotros no nos ha extrañado la tal noticia.

Porque el nombre obliga.

¿Y qué se puede esperar de un sujeto que se llama Becerro?

¡Pero este Moret!

Ahora resulta que todas aquellas amenazas de su discurso de Zaragoza eran invención de los pícaros correspondientes.

Y que aquel ¡ay! célebre no ha salido de su boca ni de ninguna otra parte de su individuo.

Y habrá que creerlo.

¡Porque todavía es posible que D. Segis afirme, si á ello le obligan, que no ha pronunciado tal discurso, ni ha estado en la vida en la capital de Aragón!

El Sr. León y Castillo se ha permitido también hacer sus «correspondientes» declaraciones políticas.

¡Y nada, que el hombre no transige con la autonomía!

Otro discrepante más.

Pero suponemos que el Sr. Sagasta le llamará al orden.

—¡Aquí, León!

—Lo ven ustedes?

Los tribunales de justicia han declarado absueltos á los concejales procesados por las *irregularidades*—¿no se dice así?—descubiertas en el Ayuntamiento de Madrid.

Y es que la inocencia triunfa al cabo por más Cabrianas que haya en el mundo.

Repitamos la frase de moda:

—«¡Mejor están en Bombay!»

El señor ministro de Fomento se nos marcha á baños. ¡Dios mío! ¿qué va á ser de los que vivimos en Madrid, privados de la luz de sus claros ojos?

Los carlistas siguen comiendo.

He aquí el *menú* del banquete que celebraron en Barcelona el día de San Jaime.

Arroz campaña.

Ternera al galope.

Pollo á la bayoneta.

Entremeses graneados.

Como observarán ustedes, faltan los postres en el *menú*.

Y es una lástima, porque los liberales se los pudieran haber enviado.

Postres simbólicos, como los demás platos del banquete.

Pongo por ejemplo.

Bombas de dinamita.

Nada menos que á 150.000 asciende el número de fincas embargadas en la provincia de Zaragoza por falta de pago á la contribución.

Pero no hay que apurarse.

¡Mientras nuestras católicas damas sigan enviando fondos para el dinero de San Pedro!

Linares Rivas examinándose de Geografía.

—Dígame usted algunas de las principales estrellas.

D. Aureliano entusiasmado:

—Júpiter, Venus, Mercurio, la Bella Chiquita, la Otero...

—¡Basta! ¡Basta!

Libros:

Los cuadernos 17 al 20 son los últimamente publicados y los últimos de la preciosa novela *Juana la Obrera*, que con tanto éxito viene publicando la casa editorial de los Sres. Bailly-Baillière é hijos.

Todos los juicios que en el curso de la publicación de esta obra hemos emitido, los repetimos hoy.

Juana la Obrera, del escritor francés Julio Cardoze, y cuya versión al castellano está hecha por el distinguido literato D. Ildefonso Antonio Bermejo, es una novela muy bien escrita, moral, instructiva y amena, condiciones indispensables en este género de obras para que tengan éxito seguro y puedan ser leídas por todas las clases de la sociedad.

Con los cuadernos finales, que son los mencionados, regala la casa editora unas elegantes tapas de tela con estampación en oro, para que la obra pueda ser elegantemente encuadernada.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.